

"Clementina, la primera computadora"

Tolosa siempre fue un barrio olvidado.

La herrumbre de sus viejos talleres ferroviarios y su añeja estación inglesa, hacen de estos alrededores un lugar aparentemente triste y desolado. Solamente el paso del tren corrompe el mágico letargo en el que se encuentra la mayor parte del tiempo.

Así y todo, es el lugar predilecto de diversos grupos autoconvocados, amantes en su mayoría de las restauraciones de viejos objetos o de su reconstrucción a escala, conformando entre todos, una región dedicada a estas artes. Ahora que lo pienso, no podía ser de otra manera. Era casi una obviedad que nuestro laboratorio estuviese allí.

Recuerdo, que por mera casualidad, conseguimos ocupar uno de los viejos talleres abandonados del ferrocarril. Más suerte tuvimos para proveer al lugar de energía eléctrica; a unos pocos metros se encontraba un antiguo generador de combustión, que si bien hacía muchos años no se utilizaba, bastó una tarde de mano de obra y pocos litros de combustible para que la luz se haga realidad. Un equipo formidable. Ya no se construyen las cosas como antes.

Se podría decir que éramos un grupo peculiar; había gente con instrucción universitaria y también de la otra, entre la que estaban algunos genios disparatados. Nunca pude saber cuál es el elemento segregado por mi cuerpo que produce la atracción de estos extraños personajes y por culpa del cual termino siempre al frente de una manada de locos. En definitiva, lo importante era que el

equipo de investigación estaba reunido y con personas capaces de creer en esta resurrección.

En el centro del laboratorio teníamos una pequeña mesa de trabajo, nuestra “Gran Mesa Redonda” y sobre ella, todo lo que representaba la utopía del proyecto.

—¿Estos son los planos? —preguntó el ingeniero Máximo Yardo.

—Sí —respondí con alegría—. Bah..., en realidad son todos los que pudimos conseguir.

—Es impresionante —apuntó el ingeniero asombrado por el trabajo.

—Sí que lo es. Incluso tuvimos que revisar documentos y maquinaria de la época para comprender la lógica y la tecnología que aplicaron en su creación. Es más, basándonos en esa información hicimos los diagramas que faltaban.

—¿Puedo verlos? —instó nuestro ingeniero, casi suplicando. La común rectitud de sus modales se veía desbordada por la excitación del proyecto. Todos nos sentíamos así, pero en él, era llamativamente más evidente.

—Acá están. Ernesto los dibujó como se hacía antes.

—Parecen originales —expresó con real asombro y no era para menos. Ernesto Zanini, el técnico dibujante, era un verdadero artista.

En el aire se percibía la impaciencia del ingeniero y el deseo de pasar a la siguiente pregunta. La pregunta que importaba. La que todos querían conocer.

—Entonces... —dijo al fin—, la computadora, ¿ya está armada?.

Por un instante pensé, como diversión, decirle que no; pero en ese momento supe el valor de los silencios. No le respondí; suspiré y miré al piso. Me quedé callado más de la cuenta y luego levanté la vista para observarlo. ¡Haberle visto la cara al ingeniero!. Estaba transformada en un absurdo sin igual, entre desesperación y

desilusión. Sin mediar palabra, giré sobre mis talones y me dirigí hacia la puerta trasera. Del otro lado, se encontraba el viejo taller.

Abrí la puerta y, pasé al lado oscuro. Sin invitación, el ingeniero me siguió instintivamente. También lo hizo el resto del equipo que ya habían captado la broma y reían entre dientes. Moví la palanca del tablero y encendí las luces. El asombro fue generalizado. No importa cuántas veces hiciéramos esto, siempre nos quedábamos enmudecidos al verla.

Allí estaba nuevamente la gran estrella: “Clementina”. Dispuesta prolijamente en medio de la nave central, creaba una magnífica postal, con la iluminación directa sobre su gigante cuerpo y la impenetrable oscuridad del resto del taller. Se la veía majestuosa, imponente; pero a la vez, había algo en ella que la hacía aun más singular, como si en su interior inorgánico existiese un secreto presto a descubrir. Y así fue.

En las semanas siguientes, con ayuda del ingeniero Yardo, hicimos los ajustes finales sobre ciertos componentes electrónicos. Otra parte del equipo hacía lo suyo con los sistemas de entrada de datos. Ahí estaba Zoe. “¿Quién dijo que la ciencia no es bonita?” le decía a modo de piropo, jugando con uno de sus nombres y ella reía tímidamente. Zoe Bonita Ganscona, era la combinación terrenal ideal: hermosa mujer y muy inteligente. Licenciada en Comunicación y Ciencias Informáticas, había logrado dos Maestrías importantes y era una de las investigadoras más destacadas del CONICET, pero lo que más atraía de ella, era su modestia personal. El grupo de Zoe había logrado restaurar y poner en funcionamiento los sistemas de cinta con viejas teletipos y habían anexado un dispositivo para la lectura de tarjetas perforadas, lo cual permitía una mejor operación. Como un paciente en el

quirófano, Clementina se encontraba conectada a otros equipos de calibración y diagnóstico; modernos aparatos electrónicos y computadoras portátiles que cooperaban con la causa.

Debo reconocerlo, en esta etapa experimental habíamos reemplazado, de momento, las piezas que no pudimos recuperar o reconstruir. Algunas válvulas de vacío las suplimos por microcontroladores y modificamos el método de enfriamiento original por un moderno sistema de refrigeración líquida. Incluso innovamos, al reemplazar una parte de los núcleos magnéticos de memoria por núcleos bio-electrónicos, aunque la innovación más destacada fue agregarle una fuente de energía autosustentable por radiación nuclear, algo que suena grandilocuente, pero en realidad solo se trataba de una ínfima parte de Americio y otros isótopos radiactivos de uso industrial, que brindan una energía relativamente baja, pero suficiente para excitar varios componentes del sistema durante un tiempo casi infinito.

Y llegó el día. La resurrección hecha realidad. La utopía de unos pocos, llevada a la concreción final.

Una vez más, todos estábamos reunidos en el taller. Gloriosa, como de costumbre, Clementina se encontraba bañada por la luz del taller a la espera de ser mimada.

El primer paso fue poner en funcionamiento los sistemas de energía. Luego, las bombas eléctricas del sistema de refrigeración. Inmediatamente se estimularon los condensadores y transformadores para ganar capacidad energética durante el inicio principal. En los tableros, ya empezaban a encenderse algunas luces testigo. Un leve zumbido comenzó a escucharse desde la profundidad de su esqueleto

metálico. De repente, como un concierto de pequeños grillos, sonaron los tic-tac de los relés. Clementina estaba despertando.

Dos luces indicaban el estado de la computadora. Verde, preparada. Rojo, ocupada. Ambas aun estaban apagadas. Zoe se acercó a Clementina con una tarjeta en la mano; la primera instrucción.

Desde el principio, nadie votó por el clásico proceso informático “Hola Mundo”; pensamos en algo más complejo: un lote de cincuenta tarjetas con el procedimiento de inicio y diagnóstico que la misma Clementina debía realizarse. Cuando la luz verde se encendió por primera vez, el silencio era sepulcral.

—“Un pequeño paso para el Hombre...” —dijo Zoe con cierta gracia, parafraseando las famosas palabras del astronauta e introdujo la tarjeta número uno.

La luz verde se apagó y la roja se encendió.

Creo no haber escuchado sonido alguno. Apenas el brillante destello de la iluminaria y una sutil ráfaga de aire tibio cargado de estática que hizo erizar mis cabellos.

Luego sobrevino la oscuridad y el silencio absoluto.

Sin embrago, como un sol lejano en medio de la nada, la pequeña luz roja continuaba encendida; un atento ojo en la penumbra.

—¿Qué sucedió? —preguntó Zoe.

—No importa. Nadie se mueva. Voy por una linterna —apuntó Ernesto con su practicidad singular.

—¿Qué pasó...? —insistía Zoe que seguía perturbada—. Yo solo puse la tarjeta en la ranura y...

—Es un fallo de alimentación eléctrica —apresuró el ingeniero como respuesta—.

Tal vez el consumo fue excesivo para el proceso de inicio.

—El proceso de inicio era el correcto —espetó Zoe en su defensa y evidentemente molesta—. Las instrucciones están pensadas y secuenciadas para generar un inicio progresivo de cada módulo. Es muy poco probable que alguna de mis instrucciones haya hecho esto.

—Lo que quise decir es que... —intentó aclarar el ingeniero.

—Acá está la linterna —interrumpió Ernesto—. No se preocupen, seguramente se dañó algún fusible —. Explicaba esto mientras se dirigía a la parte posterior de la computadora. Su linterna era el único haz de luz en el lugar y todos fuimos tras él. Ernesto quitó una de las chapas protectoras e iluminó el interior para verificar los grandes fusibles de Clementina. Todo estaba intacto.

—Debe ser el generador que está afuera. Voy a revisarlo —. Ernesto enfiló la luz de la linterna hacia el portón, cual sable láser, y salió al exterior.

Es difícil estimar el tiempo en un lugar a oscuras. Tal vez estuvimos esperando a Ernesto diez minutos, pero pudo haber sido bastante más. Lo cierto es que Ernesto no volvía.

—¿Y Ernesto...? —preguntó alguien.

—Seguro está tratando de arreglar el generador —dijo otro.

—¡Vamos a ayudarlo entonces! —animó el ingeniero y fue a tientas hasta el portón.

Lo siguió el resto del equipo, pero Zoe y yo preferimos quedarnos.

—No entiendo qué pasó —se angustiaba Zoe, hablándose a sí misma.

—No es tu culpa Zoe —intenté tranquilizarla—. Es un desperfecto eléctrico y nada más. Verás que Ernesto lo repara enseguida y volveremos a probar.

—No sé —me respondió con descreimiento—; espero no haberla quemado.

—Te repito que no fue tu culpa y además, no hay olor a pan quemado —le enfaticé alegremente para distender el momento. Zoe entendió la intención y río conmigo.

Hablamos largo tiempo de diversos temas, hasta que comprendimos que en todo ese lapso, ninguno de nuestros amigos había regresado. Ya asomaban entre los grandes ventanales del viejo taller los primeros rayos de sol del amanecer.

—Los chicos deben tener un trabajo difícil allá afuera —dijo Zoe.

—Ajá..., parece que tendremos que ayudarlos —le respondí y juntos nos fuimos conversando hasta el exterior.

La luz del nuevo día atravesaba el hueco de la puerta de acceso, que se encontraba abierta de par en par, proyectando un trapecio oblicuo de color dorado sobre el piso y el fresco aire matinal entraba sin remordimientos. Zoe pasó antes que yo, gracias al ritual de caballerosidad que me enseñaron de pequeño: “Las Damas primero”. Fui el último en salir.

Ahora, el grupo completo se encontraba fuera del taller y una vez más, nadie hablaba.

Recuerdo que algo le iba diciendo a Zoe antes de traspasar el umbral, pero mi cerebro captó la anomalía, haciendo callar mi boca.

Todo el entono estaba transformado en una desolada estepa, salpicada por algunos arbustos y árboles desperdigados sin sentido. El taller se encontraba levemente hundido sobre el terreno que lo circundaba, como si estuviese apoyado sobre una gran superficie cóncava. Todo era tan igual, que en verdad nosotros éramos la extrañeza del lugar.

Las preguntas empezaron a fluir en mi mente a una velocidad sin igual. ¿Qué sucedió?; ¿qué es este lugar?; ¿cómo llegamos aquí?. Las preguntas seguían repitiéndose, pero algo muy dentro de mí ya conocía la única respuesta y no quería aceptarla.

—Máximo... ¡Máximo!. ¿Qué pasó?; ¿dónde estamos? —le exigía respuestas Zoe al ingeniero.

—Estamos en el mismo lugar de siempre —respondió Máximo sin expresión.

—¿Cómo en el mismo lugar?. Esto es un campo y nosotros estábamos en Tolosa.

—Y seguimos aquí —le respondió el ingeniero sin mayor vacilación—, pero al comienzo.

—¿Al comienzo de qué?

—De todo.

- Yako -